

la vida mortal. No hay que caer en la debilidad de añadir tiempo ilimitado, sino restringir el amor a la inmortalidad. Epicuro, como es bien sabido, plasmó su argumento en las siguientes palabras: «La muerte nada nos pertenece, pues mientras nosotros vivimos, no ha venido ella y, cuando ha venido ella, ya no vivimos nosotros.» Por lo que la muerte resulta que no es ni contra los vivos ni contra los muertos. En los primeros, todavía no está y en los segundos ya no está la vida.

Sin haber pertenecido Epicuro directamente a la escuela de los sofistas, este es, sin embargo, uno de los sofismas más perfectos y pulimentados de toda la historia del consuelo por vía pseudorracional, no religiosa, y tentados nos sentimos de caer en su hechizo si no fuera porque resulta imposible reducir los problemas de la muerte a un morir puro y tajante. Cuando se habla del morir puro y tajante, que es un hecho que empieza y acaba en sí mismo, lo de menos es morir.

¿Podemos aceptar, sin más discusión, la propuesta consoladora de Epicuro? Racionalmente es cierto que mientras hay vida no puede haber muerte, y viceversa (y no deja de resultar curioso el racionalismo y «objetividad» del sofisma). Vida y muerte son como cuñas que se desalojan entre sí, pero mucho me temo que en estas cuestiones sea más grave el proceso hacia la muerte, el *tránsito*, que el hecho mismo de morir, que es simple y puro y hasta banal, verdaderamente epicúreo.

Si para Platón y su creencia en la inmortalidad del alma filosofar era una preparación hacia la muerte, está claro que en Epicuro y su falta de creencia en la inmortalidad, la filosofía es una preparación para la vida, como ha señalado, entre otros, García Gual. Y al viejo Epicuro, que quiso desterrar los males del infierno, que desacralizó la tiranía de la inmortalidad, glorificó los placeres sencillos y se esforzó en crear un camino de desencuentro con la muerte, hay que estarle agradecido, como después a Séneca y su pelea proveya por la virtud, si bien Séneca llegó a decir que no era tan torpe como para seguir la música de Epicuro, que estábamos siempre muriendo y que «aún el propio día de hoy nos lo partimos con la muerte».

El senequismo, para decirlo pronto y quizá no demasiado bien, es una especie de reconocimiento de las leyes generales del caos y la forma de adecuarse a ellas mediante la paciencia y el sentido común. Hay que educar el alma en la comprensión de su suerte y en la resignación a ésta. En la urdimbre senequista no se puede ser sabio sin ser al propio tiempo honrado, o feliz sin ser virtuoso, o todas esas cosas sin estar previamente de acuerdo con los dictados de la naturaleza. «La vida feliz radica en que nuestra razón es perfecta.» En el senequismo un sabio no es sólo el que sabe, sino el que, además de saber, posee una clase de felicidad «imposible de desmerecer» y planea como un águila libre de cuidados sobre todas las cosas humanas (esto no es cierto, pero tiene la humilde sencillez de la soberbia), «pues la virtud es un bien tan grande que estas pequeñas incidencias, la brevedad de la vida, y el dolor, y las diversas molestias de los cuerpos, no le causan impresión alguna».

Entremos rápidamente en contacto con esa magia de la virtud. Lo principal de la virtud es «no sentir necesidad del tiempo futuro ni contar sus días». Conviene huir de la «turba», retirarse en sí mismo, abrazar la pobreza, ya que la verdadera alegría es austera y muchas de nuestras pasiones son «innecesarias».

La influencia de Séneca es extraordinaria. La idea de la pobreza y de la resignación

en el cristianismo es típicamente senequista. Cuando Quevedo se retira a Torre de Juan Abad tiene en mente a Séneca retirado en la Campania: «Heme retirado no sólo de los hombres, sino también de las cosas.» Cuando Borges «fatiga» las calles o los libros, imita a Séneca, que «fatigó» con la edad los vicios. El fundamento primero y elemental del psicoanálisis freudiano no está lejos de esta acotación de Séneca: «Principio de la salud es el conocimiento del pecado» (*Epístolas a Lucilio*, XXVIII). Rousseau y su idea de la bondad esencial de la naturaleza, junto a Virgilio y otros, también es deudor de Séneca.

La cultura en su vertiente de la historia de las ideas es legado y retoque. El propio Séneca, que le debía mucho a Epicuro, a quien cita con notoria «fatiga», se resistió a admitir que la sabiduría de la época, concentrada en aforismos, se debiera a autores concretos y definidos. Al citar y usar tales aforismos, consideró más de una vez que se trataba de un patrimonio de uso común o, en cualquier caso, de atribución individual poco definida o azarosamente atribuida a determinadas individualidades.

Séneca, en el siglo I, discute ya las ventajas del «progreso» y de todo lo que a su juicio no se correspondía con las necesidades básicas y simples estipuladas por la naturaleza. Vivir con arreglo a la naturaleza no precisa esfuerzo y las funciones se cumplen con escasa diligencia: «Es la busca de las delicias lo que precisa esfuerzo», los artificios, el lujo. Entre otros ejemplos, le sirve de guía Diógenes el *Perro*, el famoso vagabundo cínico del tonel que sólo alcanzó a pedirle al emperador Alejandro, ante una oferta generosa de éste, que no le hiciera sombra. Un discípulo de Diógenes, Crates de Tebas, renunció a la riqueza y dejó consignado que sólo tenía «por patria el menosprecio y la pobreza, a los que la fortuna no consume». Diógenes, viendo a un muchacho beber agua en el cuenco formado por sus manos, tiró su escudilla y se reprochó: «¡Cuánto tiempo necio de mí, he arrastrado un bagaje inútil!»

Las *Epístolas*, espléndida guía moral, gran filosofía del consuelo, representan un esfuerzo gigantesco para vencer el temor de la muerte, la envidia, la ambición, los catarros, el asma, la vejez, la gula, el insomnio y hasta las molestias del griterío del circo (Séneca en la ciudad vivía cerca del circo, como hoy cualquiera vive cerca de un estadio de fútbol), siendo al mismo tiempo una exaltación de la «vida natural», la sencillez, la economía de medios y las necesidades elementales.

Algunas observaciones sobre el artificio y la multiplicación de la inutilidad parecerían concebidas tras una experiencia que estuviese aleccionada por el fracaso moderno de la «sociedad de consumo». Véase un ejemplo: «Comienza a lo primero (el lujo) por desear cosas superfluas, después contrarias, finalmente convierte el alma en sirviente del cuerpo y le ordena obedecer los apetitos de éste.»

Nadie podría haber sospechado que los filósofos cínicos, epicúreos y estoicos de la antigüedad fuesen a cobrar vigencia admonitoria frente al actual desequilibrio ecológico y la civilización del desperdicio.

Sin embargo, este campeón de la virtud, proclamador de la pobreza, moralista puro, dechado de perfecciones, fue acusado de atesorar riquezas, de usurero y de intrigante. A poco que se conozca su vida pública —destierro por adulterio, preceptor de Nerón, gobernante, condena a muerte, suicidio—, la mala reputación cobra cuerpo. Las prédicas virtuosas de Séneca y los rasgos de su vida práctica constituyen un

verdadero litigio y es uno de los ejemplares de la fauna filosófica más decididamente distorsionados entre vida-obra, si bien —apresurémonos a decir— la obra es siempre más larga que la vida y el tiempo anula las contradicciones de ésta, por lo que prevalece el carácter edificante, con grietas, pero las grietas de la virtud senequista tienen explicación y el propio Séneca fue consciente de sus inconsecuencias (que harían las delicias de H. M. Enzensberger) y se defendió de ellas, sin perjuicio de que la clase de muerte que le tocó y la dignidad de asunción, más la ascesis de la ancianidad, determinan fuertemente la imagen.

La expresión «Señalo a los demás el recto camino que he venido a conocer tarde, fatigado ya de tantas rutas erradas», es elocuente, así como «Sólo es digno de Dios quien ha menospreciado las riquezas», a tenor del matiz que introduce en seguida: «Y no es que pretenda prohibir la posesión de éstas, antes bien, procurátelas sin sobresaltos, cosa que no conseguirás sino persuadiéndote de que también vivirías feliz sin ellas si las considerabas siempre como huidizas.»

Estos pensamientos pertenecen a las *Epístolas*, libro «paternalista», de vejez, en el que hay como una radicalización de la virtud y de la munificencia ética ya distanciadas del rostro más ambiguo e imprevisible de la realidad práctica, pero en anteriores momentos (*Sobre la felicidad*), Séneca se defendió indirectamente de acusaciones muy concretas acerca del hablar de un modo y vivir de otro: «Hablo de la virtud, no de mí, y cuando clamo contra los vicios, lo hago en primer lugar contra los míos: cuando pueda, viviré como es debido.» Se obligaba a responder a preguntas como ésta: ¿Por qué dice que hay que despreciar las riquezas, y las tiene? Muy sencillo, porque el sabio «no ama las riquezas, pero las prefiere; no las recibe en su alma, y las domina, y quiere que proporcionen a su virtud una materia más amplia». Nadie ha condenado a la sabiduría a ser pobre, dirá. Qué demonios, lleva razón, diremos nosotros. Lo que ocurre es que entre el tono de la virtud ejercida en el retiro anciano y este otro tono de virtud *excusada* a que acabamos de referirnos hay un matiz. Ciertamente, la inconsecuencia *humaniza* a este personaje nacido en España y lo viste con las contradicciones propias de la condición humana, y entonces el mérito de Séneca es haber conquistado el ámbito de la perfección ideal, es decir, otro modo de utopía. Nietzsche lo llamó el «toreador de la virtud». Para Montanelli, irónico y desmitificador, Séneca enseñó cómo se concilia la prédica de la renuncia con la práctica de las propias comodidades. Levi valoró fundamentalmente la piedad senequista y su amor al prójimo, indicios de anticipada raíz evangélica.

Durante siglos sin fin los hombres han intentado conformar los avatares de la práctica con los logros ideales del pensamiento y, cabe suponer, que ni tanto la falta de conciliación como la identidad se producen con caracteres absolutos, pero la auténtica grandeza de Séneca estriba en haber mantenido en la vejez ya sin fines utilitarios e incluso amenazada por enemistades políticas esa fe invocativa en la controversia de la moral perfecta que lucha por mitigar o vencer el desasosiego del rencor, la frustración, la enfermedad, la ambición, la muerte, y afirmar que el sentido del progreso camina hacia la sencillez y el desprendimiento: «Habrás alcanzado tu bien cuando comprendas que los más infelices son los más felices.» Discutir esta afirmación requeriría un libro entero. Vamos a conformarnos en ver a través de Séneca, al menos,